

PLATÓN: *Eutifrón*. Traducción y comentarios de Alfonso Gómez-Lobo. Editorial Universitaria, Santiago, 1997, 90 págs.

Editorial Universitaria ha publicado una nueva edición castellana del *Eutifrón*, traducida y comentada por Alfonso Gómez-Lobo.

El diálogo platónico reproduce una discusión que se genera entre Sócrates y el adivino Eutifrón acerca de qué es lo piadoso. A través de diálogos claros y entretenidos se desarrolla una conversación cuya profundidad sólo se alcanza a apreciar tras leer varias veces el texto.

Sócrates se encuentra con Eutifrón cerca del pórtico del rey. Asombrado de verlo en tal lugar, Eutifrón le pregunta a Sócrates cuál es el motivo de su presencia allí. Este contesta que ha sido acusado de corromper a la juventud. Eutifrón, por su parte, viene a interponer una demanda criminal en

contra de su padre, por un caso de negligencia criminal que había provocado la muerte de un trabajador suyo, homicida este a su vez.

Sócrates, asombrado al ver que Eutifrón acusa a su propio padre, le pregunta al adivino si está seguro de que el acto que realiza es piadoso.

Este le contesta que sí, y ante la pregunta de Sócrates sobre qué es lo piadoso, propone la primera de las cuatro definiciones que dará a lo largo del texto. Lo piadoso es acusar al culpable de un crimen, sin importar el tipo de crimen ni la relación con el malhechor.

Sócrates inmediatamente objeta esta definición, por cuanto Eutifrón no le está definiendo lo piadoso, sino sólo le está justificando su acto, que es tan

sólo uno de entre los tantos que cumplen con la condición de ser "piadosos". Hace falta una definición formal de "lo piadoso". Y Eutifrón trata de darla: sus tres siguientes definiciones tienen un carácter mucho más universal, pero todas son objeto de crítica por parte de Sócrates.

Una de las partes más importantes del diálogo es aquella discusión que surge en torno a si lo que es piadoso es piadoso porque los dioses lo aman, o si los dioses lo aman porque es piadoso. En otras palabras, si los actos piadosos son intrínsecamente buenos, y por eso los dioses los aman, que es la posición que sustenta Sócrates y en la que conviene en definitiva Eutifrón, o si el amor de los dioses hacia lo que es "piadoso" es esencialmente constitutivo de la bondad o malicia de tales actos. Esta segunda opción se descarta.

El diálogo concluye sin haber encontrado ninguna definición de lo piadoso, pero tiene el mérito de graficar bastante bien los pasos a seguirse cuando se quiera definir un término.

Los comentarios de Alfonso Gómez-Lobo tienen el doble mérito de ser claros y precisos. Se centra exclusivamente en aquello que es necesario destacar, y es notable además su estilo claro, que los hace comprensibles incluso a quienes no están iniciados en la filosofía. Así mismo, no utiliza un léxico demasiado complicado y, lo que es más importante, hace notar detalles que, de no existir estos comentarios, al lector podrían pasarle inadvertidos. Tal acontece con su explicación sobre la "ontología subyacente" a la primera definición de piedad.

Gómez-Lobo tiene, a su vez, el mérito de destacar que la Teoría de las Ideas de Platón hallaría antecedentes

en la incesante búsqueda por parte de Sócrates de las formas de las definiciones de ciertos términos. Sin embargo, Gómez-Lobo niega que haya sido Sócrates el primero en formular la Teoría de las Ideas, sino que sólo fue un antecedente para la formulación que de esta hará Platón. Este será quien realmente conciba y desarrolle la citada teoría.

Los comentarios de Gómez-Lobo explican varias alusiones a personajes mitológicos o hechos históricos que muchas veces el lector ignora y que permiten una mejor comprensión del texto.

Este libro es recomendable tanto a eruditos como legos en la materia, por varias razones. Tal vez la más importante sea la profundidad del texto, escondida bajo la forma de una conversación aparentemente sencilla, corta e inconclusa. Lo cierto es que, bajo la apariencia de una conversación casi pueril, y que por lo tanto cualquier lector podrá entender, se esconde un tema tan importante como lo es la búsqueda de la idea de piedad. Se recomienda leerlo y releerlo con calma: al releerlo, se encuentran nuevos e interesantes elementos que antes no se habían apreciado, por lo menos no en toda su amplitud, y se advierte la profundidad de frases que aparentemente no tienen importancia.

El final del libro es abierto: no se llega a una definición de piedad, será el lector quien tendrá que sacar sus propias conclusiones e intentar definir qué es, en definitiva, lo piadoso. Afortunadamente, en esta tarea no estará solo, pues cuenta con los consejos de Platón y los comentarios de Gómez-Lobo.

*Carlos Isler*